

La señora Goering volvió la vista al cielo: buscaba las estrellas y confiaba en ver alguna. Estuvo un buen rato mirando, pero no llegaba a decidir si lo que estaba viendo era o no era la noche estrellada, porque aunque había puesto toda su atención en el cielo, sin apartar los ojos ni una sola vez, las estrellas aparecían y desaparecían tan deprisa que más semejaban visiones de estrellas que auténticas estrellas.

JANE BOWLES, *Dos damas muy serias*

Uno

La tarde cayó con inquietante brusquedad, precipitadamente, como el telón en una función de teatro aficionado que va camino del desastre. Y entonces el hombre notó que la oscuridad no se debía a la puesta de sol, sino a que el tren había entrado en un bosque tupido, dejando atrás las llanuras nevadas que llevaba toda la tarde atravesando. Los abetos, altos y frondosos, se amontonaban a lo largo de las vías como niños agolpados contra una ventana del aula para ver un macabro accidente ocurrido en la calle.

Su mujer iba en el asiento de enfrente: eran las únicas personas en el vagón pequeño y con paneles de madera del antiguo tren. Llevaba un buen rato distraída, mirando por la ventana, fascinada al parecer por la infinita extensión de la tundra, pero se sobresaltó de repente cuando el tren se adentró en los bosques oscuros, como si los árboles que rozaban los costados del vagón pudieran colarse y arañarla. Se tocó un punto sensible en la mejilla donde se había raspado la noche anterior.

Habían ido al mercado de la ciudad donde durmieron, porque no eran turistas pero sí extranjeros con ganas de

sentirse parte de algo, de cualquier sitio, aunque fuera por una noche. El caso es que ella quería encontrar algo bonito en el mercado, pues se encontraba en un momento de la vida en el que necesitaba identificar y apreciar todo el encanto o la belleza que le saliera al paso, pero este mercado carecía especialmente de encanto, porque allí solo se vendía carne, pescado y hortalizas, y el pescado no parecía fresco, y la carne no eran músculos sino vísceras, sesos, manos, labios y corazones, y las hortalizas eran todas de invierno: raíces, tubérculos y cosas sin color arrancadas salvajemente de su lecho en la tierra fría. No había vistosas pirámides de tomates y melocotones, ni ramilletes de albahaca y capuchina, ni ojos de pescados relucientes como piedras preciosas, ni filetes de ternera veteados. Y entonces vio a lo lejos un puesto con magníficas flores de invernadero, y echó a correr, impaciente por encontrar algo que no la apartara completamente de la vida. Su marido ya había visto el ardid y trató de llevarla por otro pasillo, pero ella se soltó y echó a correr hacia la colorida alegría de las flores, con ganas de hundir la cara en la fragancia de sus pétalos suaves, comprar un ramo y llevárselo como una novia, como una diva en el escenario, pero resbaló en un charco de agua helada delante de una pescadería, se cayó y se arañó la cara y las manos en el suelo de cemento húmedo y maloliente.

Hasta que su marido la ayudó a levantarse no se dio cuenta de que las flores eran de plástico. ¡Ni siquiera de seda! Si hubieran sido de seda al menos habría podido tocarlas.

Poco después la mujer volvió la atención al libro que tenía abierto en el regazo. Había encontrado un volu-

men antiguo, *El bosque sombrío*, de Hugh Walpole, en la sala de espera de una estación por la que pasaron, obviamente abandonado por algún viajero. Siguió leyendo un rato después de que cayera —o se introdujera— la oscuridad, pero de pronto levantó la vista del libro, miró el paso veloz de las ventanillas oscuras del vagón y preguntó: ¿Hay alguna luz?

Quedaba la luz justa para ver que no había luz.

No veo ninguna, dijo su marido.

Lo normal es que hubiera, contestó ella.

Sí, sería lo normal.

Ella suspiró con decepción, y él no supo si era porque no había luz o por su respuesta. Probablemente por las dos cosas, y por más.

Llevaban varios días de viaje, primero en avión, después en tren y en ferri, y ahora otra vez en tren, porque su destino era un rincón en el fin del mundo, en el extremo norte de un país del norte al que no se llegaba fácilmente. Era un viaje como los de hacía cien años, cuestión de días más que de horas, por una tierra adusta y cruda que insistía constantemente en su inmensidad.

El atardecer se desplegaba sin vacilaciones, y la oscuridad era resultado de la ausencia del sol más que de su atenuación. Lo contemplaron por la ventanilla. La mujer tocó su reflejo, que la falta de luz exterior acababa de revelar. Mira qué demacrada estoy, dijo. Dios mío: *demacrada*. Odio esa palabra. *Demacrada, secuaz y soberbia. Filtración* y... ¿qué más palabras odio?

Había empezado a hacer eso últimamente: a aludir con naturalidad a extrañas predilecciones o posturas que supuestamente sostenía desde hacía mucho tiempo pero nunca había confesado. O no existían, que él su-

piera. Prefirió pasar por alto la absurda observación de su mujer preguntándole de qué trataba el libro.

Ella se quedó un momento callada, viendo pasar su reflejo a toda velocidad sobre la gasa oscura de los abetos. ¿De qué trata?, dijo ella por fin. ¿En qué sentido?

Él no contestó, porque no le gustaba fomentar esa terquedad.

Y ella dijo entonces: Trata de la guerra.

¿Qué guerra?

Una de las guerras mundiales. La primera, creo. Están en las trincheras.

¿Y?

¿Y? La guerra es horrible. Bastante tengo con leerla; no me has hablar también.

Vale. Perdona, se disculpó él.

Ella lo miró, y su descaro se desmoronó de repente. No, dijo. No seas tonto. Lo siento. Es que estoy irascible, ya lo sabes... por todo.

Lo entiendo. Yo también estoy irascible.

¿Por todo?

No. Por todo no. Solo por cómo va a salir todo esto.

O cómo no va a salir, señaló ella.

Se habían quedado dormidos y se despertaron a la vez con una sensación peculiar: quietud. El tren se había detenido. Por la ventanilla del vagón, entre el velo de niebla que su aliento había formado en el cristal, veían un andén y un edificio. No había nadie y solamente se oían las ráfagas de nieve tamizada al chocar contra la ventanilla. Él pensó en las moléculas calientes de su respiración atrapadas en el cristal frío de las ventanillas:

una unión que estaba fuera de ellos y no dependía de ellos.

Tiene que ser aquí, dijo ella. ¿No era la primera parada?

Sí, asintió él.

Entonces es aquí.

No veo ningún cartel.

No. La mujer dibujó un remolino en la ventanilla, pero no veía nada que ayudase: solo un tramo más grande del andén de madera, donde una única farola separaba una franja cónica de nieve de la inmensa oscuridad circundante.

Tiene que ser aquí, dijo él. Se levantó y abrió la puerta del vagón.

No te vayas, le pidió ella.

Es que tiene que ser aquí, insistió él.

No puede ser, replicó ella. Esto no es una estación. No hay un pueblo, no hay nada. Debe de ser una estación de paso.

¿Una estación de paso?

Sí, asintió ella. Un apeadero.

El hombre bajó al andén, mancillando el manto perfecto de la nieve. Se sintió como un bárbaro. Pero una vez profanada la perfección tenía que seguir adelante, porque una grieta del grosor de un pelo en una bonita pieza de porcelana molesta más que la misma pieza hecha añicos en el suelo. Empezó a correr de un lado a otro en círculos cada vez más amplios, pisoteando y levantando la nieve a su alrededor, y se acercó lo suficiente al edificio que había al fondo del andén para ver, como en un eco de pintura desvaída, el nombre del pueblo que era su destino.

De repente se sintió idiota, dejó de corretear y, ya quieto, detectó un cambio aterrador en la oscuridad a sus espaldas. El tren. Dio media vuelta y vio que el tren se movía despacio, tan despacio que al principio pensó que era la oscuridad lo que se movía por detrás del tren, pero no, porque enseguida vio a su mujer asomada, mirando por la puerta abierta todavía, con un gesto de muda sorpresa en la cara blanca, y por unos instantes tuvo una corazonada de cómo sería la muerte, y de cómo hay que dejar que el ser amado se vaya de este mundo y se deslice en silencio con semblante sereno hacia la oscuridad nevada.

Luego, una sensación de urgencia consiguió borrar la visión, y llamó a su mujer, y corrió hacia el tren, y después a su lado, cuando ya empezaba a coger velocidad, mientras ella lanzaba las bolsas por la puerta como si todo formara parte de un ejercicio bien ensayado y, justo antes de llegar al final del andén, se lanzaba en sus brazos.

El tren se perdió en la oscuridad entre chasquidos, con la puerta del vagón batiendo como un ala dislocada.

Abrazó a su mujer unos momentos con más fuerza de la que la había abrazado en mucho tiempo. Después se separaron y fueron a recoger las maletas, que parecían artísticamente colocadas como rocas oscuras en la llanura nevada y zen del andén. Se quedaron mirando la oscuridad que los rodeaba.

No puede ser aquí, dijo ella.

Él señaló el letrero en la pared de la estación.

Ya, pero no puede ser aquí, insistió. No hay nada...

Deja que vaya a ver la entrada, dijo él. A lo mejor hay algo.

¿Qué?

No sé. Un teléfono o un taxi.

Sí, asintió ella. Y a lo mejor también hay un McDonald's y un Holiday Inn. Se rio con amargura, y él vio que se había vuelto en su contra definitivamente, que lo abandonaba, como la había visto abandonar a todas las personas a las que alguna vez había querido, alejándose despacio pero sin titubear hacia un terreno en el que la rabia, la impaciencia y el desprecio suplantaban al amor. Se alejó de él, hacia el extremo del andén, y se miraron un momento en silencio. Él esperó a ver si la rabia crecía o menguaba; sospechaba que estaba demasiado cansada para sostener esa mirada furibunda y acertó, porque en ese momento ella se tambaleó y tuvo que agarrarse a la barandilla de metal.

Con el brazo estirado y envuelto en el anorak polar, él despejó la nieve de un banco apoyado contra la pared de la estación. Siéntate, le dijo.

No. Voy contigo.

No, siéntate. ¿Tienes frío? ¿Quieres mi anorak?

No hay nada en la entrada, dijo ella. No hay nada en ninguna parte.

No digas tonterías, contestó él. Siéntate.

No soy un perro, protestó ella. Pero se sentó en el banco.

Vuelvo enseguida, dijo él. Esperaba que ella pusiera alguna pega, pero no. Se agachó para darle un beso en el rasguño de la mejilla fría. Luego echó a andar por el andén y rodeó el edificio: no había nadie, y aunque la discusión que acababan de tener hubiera sido en voz baja, lo asaltó la inquietante sensación que uno tiene al salir de una vibrante discoteca a altas horas de la noche,

cuando la repentina interrupción del ruido resulta más enervante que el propio ruido.

Varios coches y camiones oscuros acumulaban con estoicismo sus mantos de nieve en el pequeño aparcamiento. Una única carretera se perdía en el bosque que lo rodeaba todo. No había ningún indicio de vida en ninguna parte: solo árboles, nieve, silencio y vehículos amortajados y en hibernación.

Y entonces se encendió una luz en uno de los coches y el motor arrancó. El silencio y la quietud eran tan profundos que ver cobrar vida al coche resultó tan escalofriante como ver a un insecto encerrado en ámbar que despliega las alas y sale volando. Una burbuja blanca resplandecía en el centro del techo cubierto de nieve, lo que indicaba que el coche era —o podía ser— un taxi. La puerta se abrió y el taxista encendió un cigarrillo y lanzó al aire la cerilla todavía encendida, que hizo una pirueta antes de caer en la nieve y morir.

Aunque supuso que era su aparición la que había sacado al coche de su duermevela, el taxista no dio la más mínima muestra de que este fuera el caso: fumaba y miraba con indiferencia el aparcamiento y la estación.

El hombre bajó entonces las escaleras de madera y pisó la nieve compacta y crujiente del aparcamiento. El taxista no reaccionó a su presencia, ni siquiera cuando se paró en el estrecho pasillo de nieve que separaba al taxi del coche siguiente.

Al poco, el taxista tiró el cigarrillo a medio fumar en la nieve, a los pies del hombre.

Viendo que le tocaba tomar la iniciativa, el hombre dijo: Hola. ¿Habla inglés?

Pareció que al taxista le hacía gracia la pregunta: se

rio un poco, encendió otro cigarrillo y aspiró con ganas. Hizo un arco en la nieve con la punta de una delicada zapatilla.

Desconcertado por todo, el hombre miró en el interior cavernoso y cálido del taxi y vio dos dálmatas de Disney colgados del cuello en el retrovisor. La incongruencia de los peluches interrumpió por unos momentos la desquiciante sensación de extrañamiento y torpeza. Animado, se sacó del bolsillo un trozo de papel, se lo ofreció al taxista y señaló las palabras, como si no fueran las únicas que había en el papel.

**Borgarfjaroasysla Grand Imperial Hotel
Furuhjalli, 62**

El taxista no respondió al principio. A lo mejor no se había fijado en lo escrito o a lo mejor no sabía leer; era imposible saberlo. Y luego, con una voz extraña por su falta de acento, dijo en voz alta: Borgarfjaroasysla Grand Imperial Hotel. Y señaló la carretera, la única que salía del aparcamiento y se estrechaba en el bosque oscuro, como un ejemplo de perspectiva.

Sí, ya lo sé, dijo el hombre. Pero no podemos ir andando. Fingió que andaba sin moverse del sitio y luego indicó con un dedo en el aire: Andar. No.

El taxista seguía observándolo con aire divertido. Se encogió de hombros ligeramente y señaló los pies del hombre, como dando a entender que por lo visto sí podía andar.

Mi mujer, explicó el hombre. Dibujó con las manos la silueta de un reloj de arena en el aire y mientras lo hacía pensó en la cara demacrada y angulosa de su mujer.

Señaló hacia el edificio de la estación. Mi mujer, dijo. Mi mujer no camina.

El taxista asintió, indicando que lo entendía. Se encogió de hombros y dio una calada, como si hubiera cosas mucho peores que tener una mujer inválida.

¿Puede llevarnos? Sujetó con las manos un volante imaginario y lo movió a un lado y a otro. Luego señaló al taxista. ¿Usted?

El taxista no respondió.

Le pagaré muy bien, dijo el hombre. Sacó la cartera del bolsillo del anorak y se la enseñó.

El taxista sonrió y extendió la mano.

¿Nos lleva al hotel?, preguntó el hombre.

El taxista asintió y se dio unos golpes en la palma de la mano con los dedos de la otra mano.

El hombre abrió la cartera y, colocándola de manera que el taxista no viera cuánto dinero llevaba en efectivo, sacó dos billetes.

Le dio uno al conductor.

Este señaló el segundo billete.

Voy a por mi mujer, dijo el hombre. Acarició de nuevo un reloj de arena y señaló hacia la estación. Luego blandió el segundo billete en el aire. Esto se lo doy en el hotel, dijo.

El taxista asintió.

El hombre cruzó el aparcamiento corriendo. Se resbaló y se cayó en las escaleras cubiertas de nieve y se hizo un corte en la barbilla con el filo del escalón: vio cómo una flor roja brotaba en la nieve. Se quitó el guante y se palpó la herida con cuidado. Le dolían los dientes y notó que la sangre tibia y salobre le entraba en la boca. Se levantó, pero estaba mareado y tuvo que

apoyarse un momento en la pared. Cuando se recuperó mejor rodeó el edificio con cautela.

Su mujer seguía sentada en el banco. La nieve la iba cubriendo poco a poco. Caía tan deprisa y en copos tan gruesos que casi había borrado las huellas que dejó el hombre al bailar en el andén: apenas quedaba un rastro fantasmagórico.

Estaba tan quieta que al principio le pareció que estaba muerta, hasta que vio el vaho que salía de su boca entreabierta. Se había quedado dormida.

Estuvo un rato mirando cómo se posaba la nieve y cómo la respiración de su mujer se condensaba y enroscaba en el aire frío. Por unos momentos se olvidó de que el taxi estaba esperando en el aparcamiento y se olvidó del Borgarfjaroasysla Grand Imperial Hotel. Se olvidó del suplicio del viaje interminable y de la enfermedad que la había dejado tan demacrada y flaca. Tenía la cabeza apoyada en la pared de la estación, y el suave reflejo de la nieve a la luz de la farola le acariciaba la cara como una mano tierna, devolviendo a sus rasgos la belleza que la enfermedad había erosionado por completo. Se olvidó de todo y por unos momentos recordó únicamente su amor por ella y, al recordarlo con tanta intensidad, volvió a sentirlo, hasta que no le cupo una sola gota más de ese amor arrollador y tuvo que vaciarse a través de las lágrimas, arrodillándose delante de ella.

El vestíbulo del Borgarfjaroasysla Grand Imperial Hotel estaba a oscuras y parecía una caverna, porque en la penumbra no se distinguían las paredes. Tenían que cru-

zar una interminable llanura de moqueta de estampado recargadísimo para llegar al mostrador de recepción, levantado como un altar al fondo del enorme vestíbulo, frente a las puertas giratorias. Una joven de uniforme estaba detrás del alto mostrador de madera sobre el que había posados dos grandes grifos de bronce que sostenían en el pico sendas lámparas de cristal policromado. La recepcionista estaba rígida entre las lámparas, mirando plácidamente al frente. Tenía un aire inanimado tan inquietante como las criaturas que la flanqueaban.

Este tramo del vestíbulo, de dimensiones oceánicas, era la última etapa del viaje. Vadearon entre los islotes del mobiliario; las butacas formaban una especie de acantilado alrededor de las mesas de madera redondas y bajas.

Cuando llegaron al mostrador de recepción, la joven apartó la vista de un punto impreciso en la penumbra, como si por fin viera a los viajeros cansados que tenía delante.

Bienvenidos al Borgarfjaroasysla Grand Imperial Hotel, dijo sin sonreír.

Gracias, contestó el hombre. Tenemos una reserva.

¿Su nombre?

Se lo dijo a la recepcionista.

Ah, sí. Los esperábamos. ¿Han tenido un buen viaje?

Ha sido un viaje difícil, contestó el hombre.

Suele serlo, asintió la recepcionista. ¿Sus pasaportes?

El hombre se los dio, y la joven los examinó a fondo antes de devolvérselos. Después dio media vuelta y se quedó mirando el gigantesco casillero, como un palomar, con una llave enorme en cada cubículo. Levantó el brazo y sacó una llave de una de las casillas más altas.

Se volvió hacia los huéspedes y dejó sobre el mostrador la llave de hierro, que llevaba un medallón colgado de un cordón.

Cinco diecinueve, dijo. Puede que haga un poco de fresco en la habitación, pero si abren los radiadores se calentará enseguida. El botones no está aquí ahora mismo, pero si dejan las maletas se las subirá cuando vuelva.

Creo que puedo subirlas yo, dijo el hombre.

La recepcionista añadió: El bar está abierto toda la noche. Señaló hacia el fondo del inmenso vestíbulo, donde una luz roja y suave brillaba al otro lado de una cortina de abalorios de cristal. Pero me temo que la cocina está cerrada.

¿No hay nada de comer?, preguntó el hombre.

A lo mejor pueden picar algo en el bar.

Yo solo quiero irme a la cama, dijo la mujer. Vamos.

¿No tienes hambre?

Solo quiero irme a la cama, repitió, recalcando las palabras como si fuera ella, no la recepcionista, quien hablaba en una segunda lengua.

El marido suspiró y cogió la llave —que pesaba mucho— y las bolsas. De un ábside situado detrás del mostrador de recepción arrancaba una espléndida escalera de caracol que llevaba al oscuro corazón del edificio, y en su centro, colgado de unos cables, había un pequeño ascensor parecido a una jaula. Abrió las puertas exteriores e interiores. En la jaula diminuta había el espacio justo para ellos dos y el equipaje y tuvieron que apretarse tanto que casi se tocaban. Su habitación estaba en el último piso —el quinto—, y cada vez que pasaban por un rellano una franja de luz dorada y suave

entraba entre los intrincados barrotes, dibujando en la cara del hombre y la mujer una delicada celosía de sombra que desaparecía al instante.

Curiosamente, el melancólico y oscuro esplendor del hotel no llegaba a su habitación, que era grande y apenas tenía muebles. Las paredes estaban revestidas con unos paneles de plástico que imitaban ladrillos, y en el suelo había una alfombra dorada de pelo largo que crujía al pisarla de un modo desconcertante. Tal como había advertido la recepcionista, hacía mucho frío en la habitación.

La mujer soltó las bolsas que llevaba y se sentó en la cama, muy tiesa, sin quitar la vista de la pared de ladrillo falso.

Su marido la miró un momento y dijo: ¿Cómo te encuentras?

Ella volvió la vista de la pared y se tumbó en la cama, mirando ahora el techo. Bien, contestó, teniendo en cuenta que me estoy muriendo.

Pero estamos aquí, contestó él. ¿Eso no cuenta?

¿Tú quieres que viva?, preguntó ella al cabo de un momento.

¿Qué? Pues claro que quiero.

¿Quieres?

Sí, afirmó él.

Creo que yo en tu lugar no querría.

Claro que quiero, repitió él.

Creo que querría verme morir, añadió ella. Si estuviera en tu lugar.

Quiero que te pongas bien. Que vivas.

A lo mejor es verdad. Pero me extraña. Sé en lo que me he convertido. Cómo soy. Qué soy.

Él se sentó a su lado en la cama e intentó abrazarla, acercarla a él, pero seguía rígida y tensa. Le acarició un brazo y le pareció tan delgado como un hueso bajo el montón de capas de ropa.

Es normal que estés así, dijo. Todo el mundo estaría igual en semejantes circunstancias. Pero si te recuperas dejarás de estarlo.

¿Y si no?

¿Si no qué?

Si no me recupero. O si recupero la salud pero no recupero mi... No sé. Ya sabes: mi personalidad. Mi *joie de vivre*. Soltó una carcajada hueca.

Claro que la recuperarás. ¿Por qué no ibas a recuperarla?

Creo que puede esfumarse. Lo presiento. Yo no quería ser así.

Estás agotada. Pero lo hemos conseguido. Estamos aquí.

Todavía no lo noto, dijo ella. ¿Tú lo notas?

Sí.

A lo mejor me sentaría bien un baño. Eso siempre cambia las cosas, ¿no? Al menos para mí.

Se levantó de la cama y abrió la puerta del baño. Encendió la luz. El cuarto de baño era muy grande y muy rosa. El lavabo y el wc eran de loza rosa, y también la bañera grande; el suelo y las paredes, de azulejos y baldosas rosas. Incluso el techo era de azulejos rosas.

Qué preciosidad de baño rosa, dijo. Y miró la enorme bañera.

Puedes darte un buen baño, contestó él. Un buen baño largo y caliente.

Sí. Un buen baño largo, caliente y rosa, dijo ella, y

sonrió con una sonrisa auténtica. Entró en el baño y cerró la puerta.

El hombre cruzó la amplia y crujiente llanura de alfombra y se arrodilló al lado del radiador. Rezando, giró la llave, que se atascó unos segundos antes de abrirse, soltando una bocanada de vapor por la válvula de baquelita antigua, como el humo de una locomotora en una película muda. De los retorcidos intestinos del radiador salió un rugido líquido parecido a las tripas de una persona a punto de vomitar. Puso la mano en la piel oxidada y áspera y notó cómo se iba templando poco a poco. No retiró la mano hasta que empezó a quemarse.

Se levantó y dio una vuelta por la habitación: cerró las cortinas que cubrían las ventanas congeladas y oscuras y encendió las dos lámparas de las mesillas, vestidas con unos gorritos de seda rosa. Volvió a la puerta para apagar la luz del techo, blanca como cal, y la habitación resultó entonces casi cálida y acogedora. Se sentó encima de la colcha, que era de un tejido dorado y resbaladizo, y prestó atención a los ruidos del baño, con la esperanza de que algo le diera una pista de cómo estaba su mujer, pero no oyó nada. Al cabo de un rato que se le hizo muy largo, se abrió la puerta del baño y su mujer apareció con el conjunto de ropa interior térmica que los dos llevaban debajo de las muchas capas de ropa desde que habían llegado a este país tan frío. Tenía el pelo húmedo y se lo había peinado hacia atrás, recogido en una coleta. Le había crecido mucho más pelo del que tenía antes de la quimioterapia: el único bien que le

hacía el veneno, según ella. Tenía un aspecto limpio y fresco, y un color casi saludable.

Se quedó al lado de la cama, mirando a su marido con un gesto extraño, casi tímido.

He encendido la calefacción, dijo él, señalando el radiador que siseaba. Debería caldearse pronto.

Bien, respondió ella. Gracias.

El hombre retiró la colcha dorada y aparecieron las almohadas y las sábanas blancas. La cama era como las capas de la piel, pensó: una encima de otra, y muy dentro estaban los huesos, la sangre. Palpó con la mano el espacio blanco que acababa de descubrir. Métete, le dijo a su mujer.

No, dijo ella.

Hace frío, insistió él. Vio que los pezones interrumpían la caída lisa y suave de la ropa térmica. Tienes frío. Métete.

No, espera.

¿Qué pasa?

No pasa nada, dijo ella.

Se acercó a tocarle la cara. ¿No lo ves? Estamos aquí. Lo hemos conseguido. Así que no pasa nada. Todo va bien. Lo que queríamos y tanto hemos planificado, por lo que tanto hemos sufrido y nunca creímos que pudiéramos tener y compartir, pronto será nuestro. Estoy sorprendida. ¿Tú no?

Todavía puede salir algo mal, dijo él. No quiero fastidiarlo.

No. No pienses eso, le pidió ella. Créetelo ya.

Me lo creo. Antes no me lo creía, pero ahora sí.

Te quiero. Y te estoy agradecida. Sé que a veces se me olvida, pero lo estoy. Agradecida por todo lo que has

hecho por mí. No solo ahora, no solo esto, sino todo. Desde el principio.

Te quiero, contestó él.

Yo también. ¿Te metes en la cama conmigo? ¿Te metes en la cama y me abrazas?

Sí, asintió él.

Su mujer se deslizó hasta el centro de la cama. Él ya había empezado a meterse cuando ella le dijo que no.

Desnúdate, por favor.

Ah. Se desnudó al lado de la cama, consciente de cómo lo miraba ella. Dejó caer la ropa en el suelo, en la horrible alfombra de pelo largo. Se quedó un momento quieto, sin quitarse la camiseta térmica, y luego hizo un nuevo intento de meterse en la cama, pero ella volvió a impedirselo.

No. Quítate eso. Quiero sentir tu piel. Por favor, le pidió. La cama está caliente.

¿Sí?

Sí. Está muy calentita.

Se quitó la camiseta térmica y entró en la cama rápidamente. Se cubrió con las sábanas y la colcha. La cama estaba helada.

Está helada, dijo. Me has engañado.

Espera un poco, dijo ella. Ten paciencia. Se calentará. Lo acercó hacia ella, y él la abrazó con ternura.

Cuando se aseguró de que su mujer se había dormido, salió de la cama. Se quedó un momento observándola. El sueño era un refugio para ella: la devolvía a su ser anterior, a su estado sano, y por eso le gustaba mirarla mientras dormía.

La habitación ya se había caldeado, así que se arrodilló al lado del radiador y giró la llave, que respondió a

la interferencia protestando con un violento balbuceo, como si la estrangularan. El hombre insistió y siguió girando la llave hasta silenciarla.

El vestíbulo estaba desierto; la recepcionista se había retirado y las lámparas que sujetaban los grifos ya estaban apagadas.

Ahora que había más oscuridad, la luz del bar que iluminaba la cortina de abalorios de cristal rojo parecía más fuerte que antes. Cruzó el vestíbulo, se detuvo un momento delante de la cortina y retiró las cuentas de cristal para pasar por un hueco.

Todo lo que el vestíbulo tenía de cavernoso y grande, el bar lo tenía de íntimo y pequeño. Era una sala alargada, con el techo de madera bajo, y por un momento tuvo la sensación de que estaba otra vez en el tren, porque las proporciones eran idénticas a las del vagón. En la barra, que ocupaba la sala de un lado a otro, había dos personas, una en cada extremo, como si tuvieran que conservar el equilibrio. En el extremo más cercano a la entrada estaba el camarero, apoyado contra las estanterías de botellas tenuemente iluminadas, con la vista al frente y la mirada perdida, a pesar de que la sala era muy pequeña y no había distancia en la que perderse, salvo dentro de uno mismo. En el extremo contrario, donde la barra hacía una curva y se encontraba con la pared, había una mujer que miraba su copa con tanta atención como el camarero miraba al frente.

La posición de estas dos personas en cada extremo de la barra indicaba claramente dónde debía ponerse el re-

ción llegado, que se sentó en el centro, en un taburete. Al principio ni el camarero ni la mujer se movieron o reaccionaron a su presencia de ninguna manera, y tuvo la sensación de que al colocarse de una forma tan precisa no había alterado el equilibrio del bar y los tres seguirían conservando la silenciosa inmovilidad que temía interrumpir, como si hubiera pasado a ocupar un lugar asignado en un cuadro o un diorama. Esta idea le causó una quietud debilitante, como si no tuviera otro objetivo en la vida que encontrar y ocupar un orden determinado en el espacio, como si el mundo entero fuese una imagen del proceso de su ordenación perfecta y quienes encontraban su lugar no pudieran moverse hasta que el cuadro estuviera terminado.

Miró su reflejo detrás de la barra, entre los regimientos de botellas alineadas en los estantes de espejo, y este lo miró a su vez con una intensidad que parecía mayor que la suya, de tal modo que por un segundo perdió la noción corporal de sí mismo y no supo en qué lado del espejo estaba realmente sentado. En un esfuerzo por volver a habitarse extendió una mano y tocó la superficie de la barra de cobre, y el tacto del metal fresco en la punta de los dedos devolvió el mundo a la normalidad, pero el camarero interpretó el gesto como una llamada y separó el cuerpo de la pared, se acercó y puso una servilleta en la barra, delante del hombre, en el punto exacto que este había tocado, como si aplicara una venda a una herida.

El camarero era joven, alto y moreno, con un aire vagamente asiático y muy envarado, como si hubiera nacido con menos articulaciones de lo normal; daba la impresión de que no podía o no quería doblar el cuello,

y miraba por encima de la cabeza del hombre hacia el aplique de porcelana de la pared del fondo. Habló en un idioma extranjero y el hombre no entendió una sola palabra; en realidad ni siquiera parecían palabras. Se acordó de que cuando era pequeño durante mucho tiempo creyó que en el abecedario había una letra que se llamaba *elemeno*, por cómo se arrastraban las letras L M N O (al menos en la ebria interpretación de su madre) en la canción del abecedario.

Supuso que el camarero le había preguntado qué quería tomar, pero ¿y si no era eso? A lo mejor había dicho que el bar estaba cerrado, o le había insultado, o simplemente le había preguntado cómo estaba. La idea de que el lenguaje pudiera funcionar, incluso cuando dos personas hablaban el mismo idioma, se le antojó de pronto milagrosa; parecía una medida imposible para que dos personas se pusieran de acuerdo o pudieran compartirla.

Fue la mujer quien los salvó. Levantó bruscamente la vista de las profundidades de su copa y, en voz muy alta, dijo: ¡Inglés, inglés! Aquí nadie habla tu puñetero idioma, idiota.

El camarero dio un respingo y esperó un momento antes de decir nada, como si quisiera poner distancia entre la advertencia de la mujer y sus palabras, y luego, en un inglés perfecto, dijo: Buenas noches. ¿Qué puedo servirle?

El hombre no sabía qué pedir. La constelación de botellas alineadas en los estantes de la barra seguía un esquema aparentemente tan complicado e indescifrable como la tabla periódica, y elegir un licor resultaba tan abrumador como elegir un elemento entre los muchos

que componían el mundo. Ladeó un poco la cabeza para ver las botellas que estaban detrás del camarero, con la esperanza de que alguna lo llamara: le apetecía un whisky escocés, un vaso grande de whisky escocés a palo seco que pudiera calentar entre las palmas de las manos y saborear despacio; le apetecía el oro líquido del whisky y su calor, pero a lo largo del viaje había perdido una confianza esencial en sí mismo y era incapaz de pedir lo que quería. La mujer que estaba al fondo de la barra, como molesta por su indecisión y por la inercia del camarero, y como con ganas de hacer algo, cualquier cosa, dijo: ¿Ha probado el aguardiente de aquí? Lo hacen con líquenes, cosa que suena fatal, pero no. Le prometo que es uno de los mejores aguardientes que conozco. Lárus, ponle un poco de aguardiente, a ver si le gusta. Creo que le gustará.

El camarero dio media vuelta y cogió una botella grande, cuadrada y sin etiquetar, llena hasta la mitad de un líquido claro. Quitó el tapón de plata, que parecía la cornamenta de un ciervo, sirvió un chorro en una copa de brandy grande y la dejó delante del hombre, que vio entonces que el líquido no era claro, sino que tenía el brillo azul plateado de la nieve al caer la noche. Cogió la copa, removió el líquido contra el cristal, consciente de que tanto el camarero como la mujer lo estaban mirando, a la espera, y se la llevó luego a la nariz: sintió el olor limpio y tonificante de la ropa de cama lavada en una lavandería industrial, dio un sorbo y retuvo el líquido un momento en la boca: fresco y aromático, con un leve sabor a lejía, berro, hierbabuena y arroz.

Dejó el vaso despacio en la barra y dijo: Está buenísimo.

Sabía que le gustaría, afirmó la mujer. Sírvete más, Lárus.

El camarero volvió a quitar el tapón del cuello de la botella, inclinó la boca abierta sobre la copa y, al ver que el hombre asentía, sirvió otro chorro de aguardiente. Luego fue al fondo de la barra y rellenó el vaso de la mujer. Ella levantó el vaso como si brindara con el hombre, mirándolo a los ojos. Era mayor, puede que ya hubiera cumplido los setenta, pero tenía algo abierta y desconcertantemente sexual. Llevaba un vestido negro ceñido, adornado con lentejuelas de colores, que al hombre le recordó las escamas de un pez —pensó en las panzas prismáticas de los peces al sacarlos del agua, en cómo brillaban en su flexible forcejeo—, y el pelo largo y canoso apartado de la cara y recogido en un complicado moño alto, como de otra época. Tenía una cara delgada y de rasgos marcados, los ojos oscuros, la nariz elegante y espléndida, y los labios pintados de un tono vino tinto en rotundo contraste con la piel pálida. Los ojos eran grandes y parecían un poco más separados de lo normal, como si una impaciencia constante por ver no solo lo que tenía delante sino también a los lados los hubiera empujado a moverse y migrar hacia los bordes de la cara.

En los bares no hay que gritar, dijo la mujer; sobre todo a estas horas de la noche. Soy actriz y estoy acostumbrada a proyectar la voz, pero permite que me sienta a tu lado, porque sé que tú no vendrás a sentarte conmigo y es absurdo que estemos tan lejos.

Sin esperar una respuesta, bajó del taburete, cogió su vaso, dobló la esquina de la barra y se sentó en el taburete que el hombre tenía al lado. Dejó su copa en la barra con cuidado, en la misma latitud que la de él, y

después miró no a su compañero de barra, sino el reflejo de ambos en el espejo, entre los huecos de las botellas. Sus ojos se encontraron allí, y el hombre sintió la fuerza del aguardiente como una corriente eléctrica que circulaba por su cuerpo.

¿Has venido a ver al curandero?, preguntó la mujer.
¿O al orfanato?

Al orfanato, contestó el hombre. ¿Hay un curandero?

Sí. El hermano Emmanuel. Seguro que has oído hablar de él.

Pues no. ¿Un curandero? ¿Qué quieres decir?

¿Qué quiero decir? ¿Qué quieres decir tú? Es un curandero. Cura a la gente.

¿En serio?

Eso dicen. A mí personalmente no me ha curado nada, al menos de momento, así que no puedo darte una respuesta definitiva. Pero ¿por qué preguntas? ¿Has venido a curarte?

No, pero mi mujer está enferma. Muy enferma.

¿De una enfermedad incurable?

Bueno, supongo que eso aún está por ver.

Claro. Todo lo que viene está por ver.

El hombre se fijó en que el camarero había vuelto como flotando al extremo de la barra, donde estaba al principio, y hacía como que no los oía o los veía, como si estuviera solo en el escenario representando una función propia. La mujer suspiró y se tocó el pelo, primero por un lado de la cabeza y luego por el otro, y el hombre pensó que si llevaba un peinado tan complicado era para poder entretenerse en momentos como ese; su pelo siempre necesitaba atención, retoques, arreglos.

Puede funcionar, añadió. He visto a gente llegar aquí

a las puertas de la muerte, incluso en el mismo umbral, y marcharse a los pocos días brincando y tan contenta.

El hombre no dijo nada.

Pero creo que para que funcione hay que *creérselo*. ¿Tú crees en esas cosas?

No sé.

Eso significa que no crees. Si creyeras lo sabrías. ¿Y tu mujer? ¿Ella cree?

No lo sé. Lo dudo.

Bueno, supongo que por ir a verlo no pierde nada, así que deberíais probarlo ya que estáis aquí. La gente viene de todas partes del mundo a ver al hermano Emmanuel. Yo por suerte nunca he estado enferma. Tengo bien los ojos, los dientes... todo en orden. Toco madera. Tocó con los nudillos por debajo de la barra. No sé por qué. Bebo. Fumo.

Tienes mucha suerte, dijo el hombre.

Sí. En ese aspecto, sí. El cuerpo nunca me ha fallado. Todo lo demás sí, pero el cuerpo no. No sé cómo voy a morir. Me llamo Livia Pinheiro-Rima. ¿Te molesta si fumo un cigarrillo? Hablar me pone nerviosa, y un cigarrillo me tranquiliza.

El hombre negó con la cabeza para indicar que no tenía inconveniente en que fumara, y ella sacó del bolso una pitillera de plata, la abrió y levantó la varilla de metal para coger un cigarrillo. Lo sujetó entre el pulgar y el índice y lo lanzó al aire haciendo una pirueta para atraparlo pulcramente por el filtro entre los labios.

Es un truco de mis tiempos del circo, explicó. Agachó la cabeza y acercó la punta del cigarrillo a una vela, inhaló sin separarlo de la llama y se irguió de nuevo, soltando el humo por la nariz.

Trabajaba de verdad en el circo, aclaró.

¿Qué hacías?

Me columpiaba en el trapecio y montaba en elefante. De eso hace siglos, claro. Pero algo queda.

Es un buen truco, elogió el hombre.

Sí. Por eso lo sigo haciendo. Hay cosas que hago a diario, y esta es una de ellas. Cuando se hace algo a diario nunca se pierde la capacidad de hacerlo. La gente se rinde con demasiada facilidad en ese sentido. Tú, por ejemplo.

¿Yo?

Se te nota. Has renunciado a ciertas cosas, te has rendido. Tengo este vestido desde los veintisiete años. Y fui una de las primeras Isadorables.

¿Te refieres a las niñas que bailaban con Isadora Duncan?

Sí. Pero ella no nos consideraba niñas. Creía que cualquier persona mayor de tres años era autónoma.

No me parece posible. En ese caso tendrías cien años.

Puede que los tenga. Pero ¿no sabes que es una grosería hablar de la edad de una mujer?

Perdona. Eres muy especial.

Sí, y de poco me sirve. Es como un árbol que cae en el bosque: si no hay nadie para verlo, ¿a quién le importa si es increíble o no? Yo he pasado mucho tiempo en los bosques, esperando que cayeran los árboles. Ocurre, ¿sabes?... De repente se dejan ir y caen. Es la cosa más íntima que he visto nunca. Y créeme que he visto un montón de cosas íntimas. ¡Dios mío, la cantidad de intimidad que he visto! Tendría que estar ciega. ¿Tú crees en eso?

¿En qué?

En la ceguera histórica. Cuando el nervio óptico deja de funcionar a causa de un golpe en el alma.

No sé. Supongo...

No quiero que me malinterpretes, añadió la mujer atropelladamente. No estuve mucho tiempo en el circo. Quería actuar, quería trabajar en el teatro, y hay que empezar como se pueda. Donde se pueda. Y yo empecé colgándome boca abajo de una cuerda y haciendo el espagat encima de un elefante. No sé si todavía será así, pero hubo un tiempo en que la gente nacía para el escenario. Fue mi caso. Dicen que cuando tenía un año me bajé del regazo de mi madre en el Teatro New Harmonium y fui gateando por el pasillo hasta el escenario. ¿Quién querría quedarse sentado en la oscuridad cuando se puede estar ahí arriba, bajo esa luz divina?

Yo, contestó él. Mucha gente.

Sí, ¡y benditos sean! Lo bonito del mundo es que haya gente de los dos tipos, ¿no? Los que quieren quedarse sentados en la oscuridad a mirar a los que están en el escenario. Los que quieren sentir dolor y los que quieren producirlo. Yo nunca he creído en Dios, porque creo que la anatomía de los hombres y las mujeres es un error. La invariabilidad del acto sexual, de que los hombres penetren a las mujeres, es cosa de aficionados; eso no es obra de un dios. Creo que la prueba está en la homosexualidad. Y, ¡dios mío, las cosas tan horribles que pasan en el mundo de los insectos! ¡Inseminación traumática! ¡Devoración poscoital! Estuve un tiempo casada con un entomólogo.

No suena muy agradable.

¿Estar casada con un entomólogo?

No, lo del trauma y la devoración.

Ah. No. Bueno, estar casada con un entomólogo tampoco, ya que lo dices. ¿Has oído hablar de Kristof Noomeul?

No.

También estuve casada con él. Era director de teatro. Él último gran director de teatro de verdad. Hablo de teatro auténtico, de teatro puro, claro está. Fue así como acabé aquí, en el fin del mundo. Aunque, como el mundo es redondo en realidad no tiene fin, pero tú has llegado hasta aquí, así que sabes a qué me refiero.

Se quedó mirando su vaso.

El camarero se despegó otra vez de la pared. Cogió la botella de aguardiente, la destapó y se puso delante de ellos.

¿Otro?, preguntó.

La mujer levantó la mirada y se volvió hacia el hombre. Vio que estaba llorando, en silencio, que tenía las mejillas llenas de lágrimas. Asintió al camarero, y este les sirvió un poco de aguardiente. Tapó la botella, la dejó en la barra, delante de ellos, y volvió a su puesto en la otra punta de la barra.

Estás pensando en tu mujer, ¿verdad?

Sí.

En que puedes perderla.

Sí.

Me sorprende, dijo ella al cabo de un rato, encontrar sentimientos tan profundos. De amor, por supuesto. A lo mejor no es amor, pero emocionarse hasta llorar... Cuando uno deja de sentir se olvida de que existen los sentimientos, de que otros los sienten de verdad. Como el amor. Quizá sea una simple consecuencia del envejecimiento: a lo mejor los sentimientos se atrofian, como

los músculos. Estoy segura, al menos en mi caso; por eso sigo practicando, aunque casi nadie viene a oírme. Toco el piano y canto a cambio de comida, en el vestíbulo, cinco noches a la semana y los domingos por la tarde. Lo hago porque es la única forma de sentir algo en estos tiempos, aunque no sean sentimientos auténticos, solo facsímiles de facsímiles de facsímiles. Pero tú estás aquí, a mi lado, sintiendo algo de verdad. Me da vergüenza. Y me siento privilegiada.

El hombre cruzó los brazos sobre la barra y se inclinó hasta apoyar la frente en ellos. Estoy muy cansado, dijo. El aguardiente me ha dado sueño.

No. No es el aguardiente, respondió ella. Le puso una mano con delicadeza en el centro de la espalda.

Él notó la presión y el calor de la mano grande y temió que ella la retirara.

Qué caliente tienes la mano, dijo.

Tampoco es eso, replicó ella.

La noto caliente.

Es algo completamente distinto, dijo ella.

¿No viene nadie?, preguntó él.

Alguien, de vez en cuando. Estaba atenta a no mover la mano, atenta a no aumentar ni disminuir la presión en la espalda del hombre.

Aunque la mayoría de las noches el vestíbulo está vacío, añadió. Como mucho hay tres o cuatro ejecutivos charlando con putas. Pero no permito que eso me desanime. Cualquiera puede tocar para el público, ¿verdad? Para ese cálido y agradable murmullo que llega de detrás de las candilejas y tantas veces se confunde con el amor. Si otros siguen haciendo otras cosas, ¿por qué yo no? No hace daño a nadie, diría mi madre. Cinco no-

ches a la semana, como ya te he dicho. ¿Sabes? Nunca he entendido por qué la semana tiene siete días. Me parece un número raro. ¿Por qué no diez o cinco? Esa es otra razón para dudar de la existencia de Dios, porque ¿no habría dividido el tiempo con más acierto? La verdad es que todo me parece un lío.

Retiró la mano con delicadeza y preguntó: ¿Sigues llorando?

No. Se irguió y se secó la cara húmeda con las manos. Luego levantó la copa de aguardiente y se la bebió de un trago, como un niño una medicina desagradable, lo antes posible. Dejó la copa en la barra de cobre y la miró sonriendo con nostalgia. Acercó la mano y acarició el borde con la punta de un dedo.

Me gustaría que vinieras a oírme cantar, dijo ella. Creo que te sentaría bien. Podría sacarte un poco de ti mismo.

¿Eso es posible?

¿Qué?

Me gustaría que me sacaran de mí mismo. Y me guardarán en un cajón. Un cajón que uno abre en sueños mientras hace precipitadamente el equipaje en el fin del mundo.

¡Ah, ese sueño!, exclamó la mujer. ¡Ese cajón! Bueno, yo solo puedo sacarte de ti mismo. Adónde vayas después es cosa tuya.

Ahora me voy a la cama, dijo él. Miró al camarero. ¿Qué le debo?

No te preocupes, contestó la mujer. Lo apuntará en la cuenta de la habitación. Es lo maravilloso de los bares de hotel. Yo también debería irme, pero dejaré que te vayas tú primero. Sería insoportable salir contigo y darte las buenas noches en el pasillo.

¿Vives en el hotel?

Sí. Tenía una casita preciosa, pero no la cuidé; la verdad es que no he cuidado nada, y se cayó a pedazos, literalmente. Parece que las casas resisten, o al menos eso creía yo, pero no. Sobre todo aquí, con el frío y la nieve. Se dilatan y se contraen y luego se derrumban. Así que ahora vivo en el hotel. ¡Anda, vete! Voy a volver a mi sitio y a terminar mi copa.

El hombre se levantó. Buenas noches, dijo.

No, no digas buenas noches. ¡Solo vete! Yo vuelvo a mi sitio. Mira.

Livia Pinheiro-Rima se levantó y volvió a su rincón del fondo de la barra. Se sentó, dejó el vaso delante de ella y clavó la vista en él. El camarero seguía en el mismo sitio, al otro lado de la barra, mirando implacablemente al frente.

El hombre se zambulló en la cortina de abalorios rojos, que tembló como en éxtasis a su paso y al momento volvió a quedarse recta y totalmente inmóvil.

Sorprendentemente, había alguien en el vestíbulo a esas horas de la noche, un tipo grande y de aspecto nórdico, con un traje de ejecutivo de buen corte. Estaba sentado en una de las butacas de cuero que rodeaban una de las muchas mesas redondas y bajas. Escribía arrebatadamente en una libreta de cuero negro y, a juzgar por los movimientos, subrayaba buena parte de las palabras. Cuando pasó a su lado, el ejecutivo sacudió el bolígrafo con violencia, apuñalando el aire, y volvió a apoyarlo en el papel, donde por lo visto no escribía. Lo sujetó como un dardo y lo lanzó hacia el rincón en sombra del vestíbulo.

Puto bolígrafo barato, protestó cuando el hombre pa-

saba a su lado. ¿No odias estos putos bolígrafos baratos?

El hombre sonrió y siguió su camino. Estaba cansado y quería irse a la cama.

¡Tío! ¡Tío!, lo llamó el ejecutivo. Vuelve, *mon frère*. Te he hecho una pregunta.

El hombre se detuvo y dio media vuelta. ¿Qué?

¡Me has oído! Te he preguntado si odias los bolígrafos baratos.

Sí. Claro. Todo el mundo odia los bolígrafos baratos. Me suenas muchísimo. ¿Te conozco?

No. No creo.

Seguro que nos hemos visto. ¿Trabajas con los turcos?

¿Los turcos? No.

¿Dónde vives? El ejecutivo sacó una pitillera del bolsillo de la chaqueta, la abrió y se la ofreció al hombre, que negó con la cabeza.

Vivo en Nueva York, dijo.

Ah, sí: eso es. ¡Lo sabía! Nunca fallo. Cogió un cigarrillo de la pitillera, la cerró con un chasquido y golpeó el cigarrillo contra el estuche antes de llevárselo a los labios. Se palpó los dos bolsillos y sacó de uno de ellos un mechero de oro. Nos conocimos en Nueva York, dijo. Iba mucho por allí hace unos años.

Encendió el cigarro y volvió a guardarse el mechero en el bolsillo. Soltó una bocanada de humo y señaló con la cabeza la butaca de enfrente. Ahora que hemos resuelto el misterio, ¿por qué no te sientas?

Tengo que volver a mi habitación.

Venga, siéntate un momento. ¿Seguro que no quieres un cigarro?

Sí. Muy seguro.

¿No tendrás un bolígrafo por casualidad? Que no sea una mierda de plástico barata.

No tengo, dijo el hombre. Aunque sí tenía. Siempre llevaba encima una pluma estilográfica, una Waterman que había sido de su abuelo. Cada dos o tres años la llevaba a la clínica de estilográficas de Nueva York para que la limpiaran y le sustituyeran el cargador. Era uno de sus bienes más preciados.

Me voy acordando de todo, dijo el ejecutivo. Creo que nos conocimos en el bar que está en la azotea de ese edificio lleno de banderas. ¿Cómo se llama?

No lo sé. No creo que nos conozcamos. Algo le hizo llevarse la mano al pecho y palpar la pluma en el bolsillo interior de la chaqueta. Estaba ahí.

El ejecutivo se rio. Qué humillante, dijo. Parece que no dejé mucha huella en ti. Bueno, de todos modos, siéntate, por favor.

Tengo que volver a mi habitación. Mi mujer está enferma.

Seguro que está durmiendo. Siéntate, por favor. Solo un momento. Me gustaría hacerte una pregunta.

Lo siento. Es tarde. De verdad, tengo que volver con mi mujer.

Dejemos en paz a las mujeres dormidas. Como a los perros, ¿sabes? ¿O prefieres que subamos a mi habitación? ¿Te sentirías menos inquieto allí?

Oye, de verdad que me confundes con otra persona. Esto es absurdo. Buenas noches.

Perdona, pero yo no soy absurdo.

No he dicho que lo fueras. Me refería a la situación. A este malentendido.

¿Te parece absurdo?

Sí. Lo siento, pero es lo que me parece. Estoy cansado. Es una lástima que pienses eso. Yo solo intentaba ayudar. Parece como si necesitaras un amigo.

No necesito un amigo. Lo que necesito es volver arriba con mi mujer.

Vale, lo entiendo. Vas de *DE*.

¿De qué?

De extranjis. No te preocupes. Soy la discreción personificada.

No sé de qué me hablas. Por favor, discúlpame.

¡Ja! Ahora me acuerdo. Eras bueno. Muy muy bueno. Lo pasamos bien, ¿verdad?

Perdona, pero me confundes con otra persona.

Sí. Con el que eres de verdad. Echamos un polvazo. Pero ya lo pilló, guapo. Vete a jugar a las casitas con tu mujer. Ya nos pondremos al día.

El hombre entró con sigilo en la habitación a oscuras, para no despertar a su mujer. Se abrió camino intuitivamente en la oscuridad hasta el cuarto de baño y allí se desnudó sin encender la luz. Fue hasta el otro lado de la cama y se metió en silencio. Se quedó un momento quieto, tratando de olvidar todo lo que se le amontonaba y tenía encima, con ganas únicamente de entregarse al divino abrazo aniquilador del sueño, pero notó a su lado un vacío: no era frío, sino falta de calor, y estiró la mano para tocar a su mujer, pero tocó la nada.

Encendió la lamparita de la mesilla y vio que estaba solo. Las sábanas del otro lado de la cama estaban retiradas con cuidado, como preparadas para que alguien entrara más que para salir. Echó un vistazo a la habita-